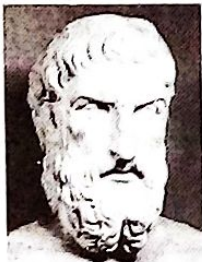




Manuel Molina Sánchez:

Lucrecio y el

Entre el 25 y 28 de julio se llevó a cabo las I Jornadas de Estudios Clásicos de España - AECl, Unión Latina - Bolivia, Unión Nacional de Poetas Españoles. La siguiente es una de las



*Suave, mari magno turbantibus aequora ventis,
e terra magnum alterius spectare laborom,
non quia vexant quemquamst iocunda voluptas,
sed quibus ipse malis careas quia carnera suave est.
Suave otiam belli certamina magna iueri
per campos instructa tua sine parte pericli
Sed nil dulcius est, bene quam munia tenere
edita doctrina sapientum templa serena,
despicere unde quas alios passimque videre
errare atque viam palantis quaerere vias,
certare ingenio, contendere nobilitate,
noctes atque dies nili praestantio labore
ad summas emergere opes rerumque poliri.
O miseris hominum mentis, o pectora caeca
Qualibus in tenebris vitae quantisque periculis
degitur hoc aevi quodcumque sit. Nonne videre
nihil aliud sibi naturam latrare, nisi ut qui
corpore selunctus dolor absit, menta fruatur
lucundo sansu cura semola metuque?
Ergo corpoream ad naturam pauca videmus
esse opus omnino: quae demant cumque dolore,
delicias quoque uti multas substemare possint
Gratius interdum, neque natura ipsa requirit,
si non aurea sunt iuvenum simulacra per aedas
lampadas igniferas manibus retinentia dextris,
lumina nocturnis epulis ut suppedientur,
nec domus argenteo fulgat auroque renidet
nec citharae reboant laqueata aurataque templa,
cum tamen inter se prostrati in gramina molli
propter aquae rivum sub ramis arboris altae
non magnis opibus iucunde corpora curant,
praesertim cum tempestas ardet et anni
tempora conspargunt viridantis floribus herbas.
Nec calidae citius decedunt corpora febres,
textilibus si in picturis ostroque rubant
lactans, quam si in plebeia veste cubandum est.*

(Es dulce, cuando sobre el vasto mar los vientos revuelven las olas, contemplar desde tierra el penoso trabajo de otro, no porque ver a uno sufrir nos dé placer y contento, sino porque es dulce considerar de qué males te eximes. Dulce es también presenciar los grandes certámenes bélicos en el campo ordenados, sin parte tuya en el peligro, pero nada hay más dulce que ocupar los excelsos templos serenos que la doctrina de los sabios erige en las cumbres seguras, desde donde puedas bajar la mirada hasta los hombres, y varios extraviarse confusos y buscar errantes el camino de la vida,

realizar en talento, contender en nobleza, esforzarse día y noche con empeñado trabajo, elevarse a la opulencia y adueñarse del poder. ¡Oh miserables mentes humanas! ¡Oh ciegos corazones! ¡En qué tinieblas de la vida, en cuán grandes peligros se consume este tiempo, tan breve! ¿Nadie ve, pues, que la Naturaleza no reclama otra cosa sino que del cuerpo se aleje el dolor, y que, libre de miedo y cuidado, ella goce en la mente un sentimiento de placer? Así, a la naturaleza del cuerpo vemos que es muy poco lo que hace falta para alejar el dolor, y aun para ofrecer abundantes deleites. Más grato es a veces, y la Naturaleza no pide otra cosa, aunque no haya en la estancia doradas estatuas de jóvenes sosteniendo en sus diestras lámparas encendidas para iluminar los banquetes nocturnos, ni brillo la casa con plata, ni relulja de oro, ni el áureo artesonado resuena al son de la cítara, poder, en cambio, tendarnos unos junto a otros en el césped suave, cabe un arroyuelo, a la sombra de un árbol copudo, y regalar el cuerpo sin grandes dispendios; sobre todo si el cielo sonrío y la estación del año esparce de flores el verdor de la hierba. No salen más pronto del cuerpo las fiebres ardientes si te acuestas en bordados tapices y en púrpura roja, que si has de yacer en veste plebeya.)

En estos versos iniciales del libro II del poema De rerum natura de Lucrecio, interpretados a veces erróneamente como puro egoísmo hedonista, se concentra, bellamente expuesta, toda la doctrina epicúrea sobre la felicidad del sabio.

Nacido, al igual que el Estoicismo y el Escepticismo, como movimiento filosófico helenístico que busca la felicidad del hombre, el Epicureísmo se caracteriza por su visión materialista de la realidad. Es, además, un pensamiento estrechamente vinculado con la vida, un saber para poner en práctica, no meramente teórico.

Su premisa básica es que, desde su nacimiento, el hombre tiende por propio impulso hacia el placer, a gozar de lo que produce bienestar y rechazar lo que causa dolor. Con la aplicación de esta sencilla premisa el ser humano puede liberarse de todos los males y temores que lo asedian: el miedo a la muerte, la superstición, el miedo a los dioses y a los fenómenos desconocidos. Porque eso es precisamente lo que nos enseña la naturaleza, que para gozar de la vida hay que desterrar de ella todo lo que produce temor. Conocer el funcionamiento de la naturaleza es, por tanto, el primer paso para ser feliz.

El placer, por consiguiente, es el supremo bien al que aspira el hombre, como el dolor el supremo mal. Mas no se trata de un placer de tipo hedonista, del goce por el goce, sino que es el placer que proporciona la serenidad interior, la tranquilidad de espíritu, la "ataraxia". Es el placer que se experimenta cuando se ha suprimido todo dolor. En verdad el supremo placer para el Epicureísmo consiste en la carencia de dolor. Es más, en ocasiones será preciso cierto sufrimiento para lograr después mayor placer: el esfuerzo físico del atleta, por ejemplo, para obtener el placer posterior del bienestar corporal o de la victoria.

Todos los temores que esclavizan al hombre proceden de la ignorancia. Pues si los hombres conocieran cómo se rige el mundo y cuáles son las leyes que gobiernan la naturaleza, comprenderían que no hay motivo alguno para el temor. En efecto, el Epicureísmo considera que el hombre puede ser plenamente libre y feliz si descubre y aplica cuatro sencillas normas (el llamado tetramácoo o cuadrifarmaco):

- 1) No hay que temer a los dioses porque su existencia es independiente de los humanos.
- 2) No hay que temer a la muerte porque en nada nos afecta.
- 3) Los bienes son fáciles de obtener con la consecución del placer por la "ataraxia".
- 4) El mal es finito, no existe siempre, su duración es breve.

Si, además, a estas cuatro reglas unimos los principios básicos que explican el universo, obtendremos un conocimiento cabal de la naturaleza. Estos principios son:

- 1) Nada procede de la nada por obra divina: nacer y crecer están sometidos a leyes físicas.
- 2) Nada retorna a la nada, la naturaleza disuelve cada cosa en sus elementos, pero no la aniquila.
- 3) Las dos únicas sustancias que existen por sí en la naturaleza son átomos y vacío. Ambas son eternas. Todo lo demás son bien atributos o propiedades (conjuncta), bien accidentes (euentia) de aquellas.
- 4) Los átomos están en continuo movimiento, siguiendo una trayectoria vertical que los impulsa de arriba abajo. Mas no es una trayectoria rectilínea, sino que en su caída observan una mínima desviación imperceptible (clinamen), que permite el choque de unos con otros, evita el fatalismo y hace posible el libre albedrío.
- 5) La aserección anterior niega toda posibilidad de providencia divina. Los dioses y los hombres tienen existencia y destino diferentes, sin que aquellos intervengan en la vida de estos.
- 6) El universo es infinito y está compuesto por un indeterminado número de mundos finitos, de entre los cuales el nuestro se formó por una específica aglomeración de átomos (el caos). Como finito, desaparecerá un día bajo los efectos de un cataclismo.
- 7) Los sentidos son la única vía fiable de conocer la realidad. La razón puede falsear el conocimiento de las cosas. La ortodoxia del

dogma llegó incluso a mantener principios ya superados en avances posteriores a Epicuro, como el de que el tamaño del sol o la luna no había de ser muy diferente del que se observa a simple vista.

8) El alma es corpórea y mortal: fenoece al tiempo que el cuerpo.

9) La muerte en nada nos afecta. No hay vida de ultratumba. Es inútil, por tanto, deplorar la pérdida de seres queridos y temer a la muerte, porque mientras vivimos no hay muerte y no debe haber dolor, y una vez muertos, no percibimos el dolor.

Toda esta doctrina epicúrea se encuentra recogida en el extenso poema De rerum natura, del poeta latino Tito Lucrecio Caro. No sólo eso, sino que Lucrecio es la fuente más fiable y el mayor testimonio conservado del Epicureísmo. Porque Lucrecio es un discípulo muy leal a Epicuro, que siente verdadera devoción por el maestro y que describe con pasión las enseñanzas que ha recibido y de las que está profundamente convencido.

Tito Lucrecio Caro es un poeta del que apenas se conservan datos biográficos. Sabemos que nació entre el 98 y el 93 a. C., y murió en el 55 ó 54 a. C. Sobre su vida San Jerónimo nos transmite una leyenda, poco verosímil, según la cual Lucrecio padecía algún tipo de perturbación mental ocasionada por la ingestión de un filtro amoroso, en los intervalos de cordura que le permitía la enfermedad había compuesto su poema. Finalmente, en una de las frecuentes crisis de locura habría puesto fin a su vida. Esta información, en su conjunto, es poco creíble: como afirma algún investigador, puede proceder de onemigos de la doctrina epicúrea interesados en desacreditarla. No falta, empero, quien la da por buena.

Leyendas aparte, lo que la tradición nos ha conservado es un voluminoso poema en 6 libros de unos 7400 versos en hexámetros dactílicos. Del poema se han debatido mucho sobre todos aspectos: el orden de los libros y su final. Tal como se nos han transmitido, los 6 libros están ordenados a pares, según su contenido: I y II tratan de la física atómica, III y IV de la psicología epicúrea, V y VI del mundo y sus fenómenos. Algunos editores, sin embargo, piensan que éste no fue el orden en que fueron originariamente compuestos. Se cuestiona así mismo el final del poema. Es una opinión muy extendida la de que el De rerum natura está inacabado. De hecho, contrasta mucho con la tónica general de la obra, muy estructurada en su conjunto, que el final se nos presente de forma abrupta con la descripción de la peste de Atenas, sin que se hayan cumplido algunas promesas anunciadas previamente, como la exposición de la teología epicúrea. Resultan también sospechosas algunas repeticiones de versos en distintos libros y la colocación de ciertos hexámetros fuera de lugar. De manera que, si no inacabado, lo que sí parece verosímil es que el De rerum natura se publicase a falta de una última lima. Precisamente de la corrección del poema, según se deduce de testimonios antiguos, se habría hecho cargo Cicerón, quien lo habría editado de manera póstuma.

En cuanto a la ortodoxia de la doctrina expuesta en el De rerum natura, ya hemos afirmado que Lucrecio es un discípulo muy fiel a su maestro. En efecto, no hay más que leer los prólogos que encabezan cada libro, para notar la devoción y sincero aprecio que Lucrecio siente por Epicuro. Son cuantiosos, en este sentido, los versos dedicados a exaltar la figura del maestro. Es el caso, por ejemplo, del prólogo del libro III:

*E tenebris tantis tam clarum extollere lumen
qui primus poluit illustrans commoda vitae,
te sequor, o Gratiae genitrix decus, inque tuis nunc
licia pedum pono pressis vestigia signis,
non illa certandi cupidus quam propter amorem
quod te imitari auro; quid enim contendat hirundo
cynnis, aut quidnam tramulis lacere arbutus haed?
consimile in cursu possint et fortis aequi vis?
Tu, pater, es rerum inventor, tu palma nobis
suppeditas praeccepta, tulsque ex, inclute, chartis,
floriferis ut apes in salubris omnia libant,
omnia nos lidam depascitur aurea dicta,
aurea, perpetua semper dignissima vita.
Nam simul ac ratio tua coepit vociferari
naturam rerum, divina mente coorta,
diffugiunt animi terrores, moenia mundi
discedunt, totum video per inane gar res.
Apparet divum numen sodesque quatae,
quas neque concutiunt venti nec nubila nimbis
aspurgunt neque nix acn concreta pruina
cana cadens violat samparque Innubibus aether
intelligit et largo diffuso lumine ridet.
Omnia suppediat porro naturam neque ulla
res animi pacem dabit tempore in ullo.
At contra nusquam apparent Acherusia templa
non telus obstat quin omnia dispiciantur,
sub pedibus quaecumque infra per inane garuntur.
His tibi me rebus quaedam divina voluptas
percepit atque horror, quod sic natura tua vi*

